enfermedades, lanza un profundo suspiro y murmura: ¡Oh, señora! ¡Si usted supiese! ¡Hay enfermedades tan raras!...

Y nunca se explica con más claridad.

EN OTRO TIEMPO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En otro tiempo

La quinta, de estilo antiguo, está en una colina arbolada; troncos centenarios le rodean de una fronda obscura y el parque infinito extiende sus perspectivas hacia los lejanos bosques y hacia las aldeas vecinas. A pocos metros de la casa hay un estanque en el cual se bañan señoras de mármol y otros estanques se suceden unos á otros en gradación agradable hasta el pie del otero, y un manantial abundoso despeña sus aguas de uno en otro.

Desde el viejo edificio que aun aparece gallardo, como una coqueta momificada, hasta las grutas incrustadas de conchas de mariscos, donde dormitan amores de otro siglo, todo en aquel antiguo dominio ha conservado el aspecto de otras edades; todo parece hablar aún de costumbres antiguas, de há-

bitos ya olvidados, de galanterías pasadas y de las elegancias graciosas y ligeras que tanto gustaban á nuestras abuelas.

En un saloncito Luis XV cuyas paredes están cubiertas de pastores que galantean á las zagalas, de hermosas damas de faldas ahuecadas y de hidalgos galantes y rizados, una mujer muy vieja, que parece muerta cuando cesa de moverse, está casi tendida en un ancho sillón y deja colgar las manos huesudas de momia.

Su mirada velada se pierde por las profundidades del parque, como si siguiera con el pensamiento las visiones de su juventud. A veces entra una bocanada de aire por la abierta ventana y trae olor de hierbas y aroma de flores. Hace revolotear sus cabellos blancos en torno de la frente arrugada y los recuerdos antiguos en su pensamiento.

A su lado, en un taburete de tapicería, una joven de rubias y largas trenzas, borda un ornamento sagrado. Tiene los ojos soñadores y mientras trabajan sus dedos ágiles se advierte que sueña.

Pero la abuela vuelve la cabeza y dice:

— Berta, léeme los diarios á fin de que pueda saber lo que ocurre en este pícaro mundo.

La joven toma un periódico y lo mira un momento.

—Hay muchas cosas de política, abuela. ¿Las salto?

— Sí, sí, monina. ¿No hay cosas de amor? ¿Ha muerto ya la galantería en Francia, puesto que no hablan de raptos y de aventuras como en otro tiempo?

La joven buscó con atención.

—¡Ajajá! Ya hallé algo. Se titula: «Drama de amor.»

La viejecita sonrió.

—Léeme eso, chiquilla.

Berta empezó. Era una venganza horrible. Una mujer para vengarse de la querida de su marido le había quemado cara y ojos con vitriolo. Salió de la Audiencia absuelta y limpia de toda mancha entre los aplausos de la multitud.

La anciana no cesaba de decir:

—¡Es horroroso, horroroso! Busca algo mejor, niñita mía.

Berta buscó y, más lejos, también en la sección de tribunales, leyó: «Sombrío drama.» Una costurera, ya machucha, se había entregado á un joven; luego para vengarse de su amante, que era inconstante, le pegó un tiro. El desdichado quedaría lisiado. Los jurados, gente moral, aprobaron el amor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ilegítimo de la homicida y la absolvieron libremente.

Esta vez la abuela no pudo contenerse y exclamó con acento tembloroso:

—¿Estáis locos hoy día? Sí, estáis locos. Dios os ha dado el amor, la sola seducción de esta vida; el hombre añade á él la galantería, que es la única distracción de las horas, y echáis á perder uno y otro con vitriolo y revólvers, que es como si se mezclara barro al vino de España.

Berta parecía no comprender la indignación de su abuela.

—Pero, abuela; esa mujer se ha vengado. Piense usted que estaba casada y que su marido la engañaba.

La vieja pegó un respingo.

—¿Qué ideas os imbuyen hoy día, chiquilla?

Berta replicó:

—El matrimonio es sagrado, abuela.

La abuela sintió estremecer su corazón de mujer nacida en el gran siglo de la galantería.

—El amor es lo sagrado—dijo.—Oye, hija mía, á una vieja que ha conocido tres generaciones y que ha estudiado mucho á los hombres y á las mujeres. El matrimonio y el amor no tienen nada que ver,

son dos cosas distintas. Las gentes se casan para constituir una familia y las familias constituyen la sociedad. Esta no puede prescindir del matrimonio. Si la sociedad es una cadena, cada familia es un eslabón. Para soldar esos eslabones se busca siempre metales parecidos.

Cuando uno se casa es necesario unir las conveniencias, combinar las fortunas, pintar razas semejantes, trabajar en pro del interés común que son los hijos y la riqueza. Sólo se casa una vez, hija mía, porque la sociedad lo exige; pero se puede amar veinte veces durante la vida, porque así lo quiere la naturaleza. El matrimonio es una ley y el amor es un instinto que tan pronto nos empuja á la derecha como á la izquierda.

Se ha promulgado leyes que combaten nuestros instintos; era necesario. Pero los instintos son siempre los más fuertes y no se les debería resistir, porque provienen de Dios, mientras las leyes sólo provienen de los hombres.

Si no se perfumaba la vida con el aroma del amor, como se azucara la medicina del niño, nadie quisiera aceptarla tal cual es.

Berta, asombrada, abría desmesuradamente los ojos, y murmuró:

—¡Oh, abuela! No se ama más que una sola vez.

La abuela levantó en alto los brazos, como invocando aún al difunto Dios de las galanterías, y exclamó indignada:

—Sois una raza de villanos, de pecheros. Desde la Revolución ha cambiado el mundo. Habéis inventado palabras altisonantes para todas las acciones y deberes fastidiosos para hacer aburrida la existencia; creéis en la igualdad y en la pasión eterna. Ha habido hombres que han hecho versos para deciros que se muere de amor. En mi tiempo se hacía versos para enseñar á los hombres á amar á todas las mujeres. ¡Y nosotras!... Cuando un hidalgo nos gustaba, hijita, le enviábamos el paje. Y cuando el corazón sentía un nuevo capricho, pronto se despedía al otro amante... ó se conservaba á los dos.

La vieja sonreía con socarronería y en sus ojos grises chispeaba la malicia de aquellas gentes que no se creían de la misma pasta que los demás y que vivían á fuer de señores para quienes no rezan las comunes creencias.

La joven, muy pálida, balbució:

—De modo ¿que las mujeres no tenían honor?

La abuela cesó de reir. Si había guardado algo de la ironía de Voltaire, conservaba también resabios de la filosofía inflamada de Juan-Jacobo.

—¡Sin honor! ¿Por qué se amaba y se decía y se alababa de ello? Mira, muchacha, si una de nosotras, que éramos las más nobles damas de Francia, no hubiese tenido amante, la corte entera se hubiera mofado de ella. Las que querían vivir de otro modo, entraban en un convento. Acaso imagináis que vuestros maridos os amarán toda la vida. ¡Como si eso pudiera ser! Te digo que el matrimonio es una cosa necesaria para que la sociedad viva; pero que es contrario al espíritu de nuestra raza, ¿comprendes? Sólo una cosa buena hay en la vida, el amor.

Y como le comprendéis mal, como le echáis á perder, le convertís en una cosa solemne como un sacramento ó en algo que se compra y se vende, como un traje.

La joven tomó entre sus manos las manos arrugadas de su abuela.

—Cállate, abuela, te lo suplico.

Y de rodillas, anegados los ojos en lágrimas, pe-

día al cielo una gran pasión, una pasión eterna conforme al ensueño de los poetas modernos, en tanto que la abuela, la besaba en la frente y, penetrada aún de esa graciosa y sana razón de la cual los filósofos galantes del siglo XVIII imbuyeron á las gentes, murmuraba:

—Cuidado, niña mía; si crees en tales locuras, serás muy desdichada.

EL BORRACHO